



“PEDID Y RECIBIREIS” (Lc 11,5-8.9-13; Mt 7,7-11)

MOMENTO ORANTE

Dios, Padre/Madre,
haznos partícipes de la oración de Jesús.
Enseñanos a orar como Él mismo oró:
en espíritu y en verdad.
Danos espíritu de oración.
Sólo Tú puedes recoger nuestro corazón en ti.
Sólo Tú puedes concedernos que,
a través del diario quehacer, te hallemos a ti,
que eres lo único necesario.
Lo único en quien nuestro corazón puede descansar.
Venga tu Espíritu en nuestra ayuda,
y, como nosotros no sabemos qué debemos pedir,
interceda Él por nosotros con gemidos inefables.

Karl Rahner

TEXTOS ORANTES

Jn 15,15: La promesa de la amistad
Jn 16,24: Pedir en el nombre de Jesús
Jn 16,33: Jesús invita a confiar en Él, vencedor del mal
Mc 10,15: Jesús invita a confiar como niños
Lc 1,38: María se fía plenamente de Dios
Rom 8,38s: Nada nos separará del Amor de Dios
Rom 5,1-5: Valientes y constantes en la prueba
2 Tim 1, 12: Pablo se fía totalmente de Dios Padre
Flp 4,12-13: Pablo confía en las situaciones límite
1Jn 2,28: Plena confianza en Jesús
1Jn 3,21: Plena confianza ante Dios

* La oración dirigida al Padre refleja las disposiciones interiores del orante: una confianza absoluta en el poder de la oración, y el convencimiento de que la oración recibe su eficacia de Dios.

* El orante, movido por una fe confiada y segura ante Dios, nos invita a ser creyentes audaces y persistentes. Si ora de esa manera, es porque está convencido de que el Padre celestial quiere que se acerque a él con amor confiado.

AUDACIA Y CONFIANZA

“Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle”, y aquél, desde dentro, le responde: “No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos”, os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite” (Lc 11,5-8).

Esta breve parábola tiene doble enseñanza: Jesús quiere que nuestra oración sea *audaz y atrevida*, hecha «oportuna e importunamente», y a la vez, una oración *confiada*.

A. ORACIÓN AUDAZ E INFATIGABLE

El orante es invitado a ser *audaz* en la oración: a vencer la timidez, a no dejarse imbuir por un temor religioso mal entendido. Si los hombres no dudan en ser realmente importunos con sus semejantes con tal de obtener lo que necesitan, con mayor razón el orante debe saber liberarse de inhibiciones y timideces cuando dirige sus súplicas a Dios.

El orar «oportuna e importunamente» con una audacia incansable define a un orante movido en lo más íntimo de sí mismo por una fe capaz de generar sentimientos de confianza segura ante Dios.

Lo que enseña la parábola es la audacia de un creyente plenamente convencido de que el Padre celestial espera que el ser humano se acerque a él una oración así.

B. ORACIÓN CONFIADA

En el contexto de la oración evangélica, a Dios debemos invocarlo como a un amigo, seguros de que dará a nuestras peticiones la acogida que garantiza la amistad. Apoyado en esta convicción, el discípulo no duda en dirigirse a Dios con *fe y confianza*, seguro de encontrar en él a un amigo que lo va a ayudar.

«Si el amigo a quien se molesta a media noche no duda un instante en atender la petición del amigo que se encuentra en apuros, aunque el ruido del cerrojo despierte a toda la familia, ¿no va a hacer lo mismo Dios? El escucha a quienes se encuentran necesitados. Los ayuda. Hace por ellos mucho más de lo que le piden. De esto podéis estar totalmente seguros» (J. Jeremías).

Para el orante, Dios es *amigo* en cuanto Padre. De hecho, toda esa sección lucana dedicada a la oración (11, 1-13) está centrada en el

mensaje de que el discípulo de Jesús eleva su oración a Dios como un hijo a su *padre*: «Cuando oréis, decid: Padre...» (v. 2); «¿cuánto más vuestro Padre celestial...» (v. 13). Así pues, la parábola nos invita a entender la confianza que caracteriza la petición de un amigo a otro amigo como una imagen de confianza que en el plano religioso debe inspirar la oración de un hijo a su Padre del cielo.

La primera intención didáctica de esta parábola sería la oración *confiada*; es decir, la plena seguridad de encontrar en Dios una atención, una comprensión y una escucha como sólo Dios puede ofrecer.

El discípulo evangélico dirige su petición a Alguien en quien el valor *amistad* alcanza su máxima perfección. Que esa confianza al orar deba ir acompañada normalmente por la audacia y la insistencia en la petición es algo que la parábola no desconoce; pero esa enseñanza es indirecta, a modo de una intuición ulterior derivada de unas premisas preestablecidas.

Esta forma de entender y de explicar el mensaje encuentra una confirmación en las palabras con que concluye la parábola: «Y le dará cuanto necesite» (v. 8). Se había dicho que el vecino había pedido «tres panes»; pero el amigo está dispuesto a darle aún más.

La generosidad de Dios no conoce las matemáticas. La petición del orante estará siempre por debajo de lo que Dios, *Amigo-Padre*, está dispuesto a conceder.

Si el amigo a quien se despierta del sueño se muestra dispuesto a conceder todo lo que le pide el vecino, ¿con cuánta mayor ternura no responderá Quien nunca duerme y Quien nos despierta a nosotros del sueño para que le presentemos nuestras peticiones!